

bola segura y no me vendo, ¿eh? ¿eh? ¿eh? ¿eh?

Desaparecen por la puerta de la izquierda decididos á comprobar la verdad práctica de tan admirable teoría.

DON MELCHOR. Reparando en una margen del *Blanco y Negro*. ¡Oiga! ¿qué han puesto aquí? Lee. «Ya se sabe quién se lleva el *Blanco y Negro*.» Hace un gesto de alarma y dice: ¿Por dónde me habrán visto? ¡Por el agujero del llavín es imposible!...

BERRUGUETE se asoma otra vez por el foro.

BERRUGUETE. ¿No ha venido Gonzalo todavía?

COLMILLO. ¡Y dale!

MOLERO. No; no ha venido.

BERRUGUETE. ¡Pero, hombre!... ¿Él tiene costumbre de pasar por aquí á estas horas, verdad?

JOSÉ RAMÓN. Sí; generalmente viene y se queda un rato.

BERRUGUETE. ¡Caramba!... Bueno, pues... hasta luego.

SOLANO. Adiós.

COLMILLO. ¡Y que lo encuentres, hijo mío! ¡Está sin sombra!

Pasa BAPTISTA de la puerta de la derecha á la de la izquierda con un juego de bolas para Domínguez y Gordillo. Poco después oyes de vez en cuando el chocar de las bolas con fuerza. Bautista vuélvese á la portería.

JOSÉ RAMÓN. Puede que tenga algún chiquillo malo.

COLMILLO. ¡Eso es; y aquí ya no se llama para curar á nadie más que al niño bonito; al joven de moda! ¡Y á don Alejo, que es una lumbrera de la medicina, así, una lumbrera, se le limpia el pesebre!

DON MELCHOR. ¿El pesebre y es una lumbrera, señor Colmillo?

Presentase oportunamente Pozo para atizar el fuego comenzado.

POZO. Caballeros, desde la calle se oyen las voces: ¿de quién se saca leña?

COLMILLO. Hola, Pozo.

SOLANO. Hola, Pocilga. ¿Qué tal va ese *Alambique*? ¿Cuándo te ahorcan?

POZO. ¿Á mí? Eso quisieran muchos. Don Melchor, no me mire usted con esos ojos: ya sabe usted que se le aprecia, aunque otra cosa escriba en *El Alambique*. ¡El pícaro garbanzo obliga!

DON MELCHOR. Con risa de conejo. ¡Je! Fijándose en los bajos de Pozo. (Tiene más pie que yo.)

Caracterizan al tal Pozo unos lentes rotos que con frecuencia se asegura, bigotillo de pelusa de pichón, pintas rojas en las narices y dos ó tres caivitas en la cabeza. Se ríe y no se le ve nada blanco. En el cogote, entrando, á la derecha, lleva un parche negro. Viste con cada prenda de un terno distinto.

POZO. Frotándose las manos con satisfacción y sentándose en una mecedora al lado de Colmillo y Molero. Con que á ver, á ver: ¿qué cristiano estaba en el circo?

SOLANO. ¡Y que no ha entrado mala fiera!

COLMILLO. ¿Cuál había de ser, hombre? ¡El de siempre! ¡El fenómeno de Guadalema!

POZO. ¡Espantárame yo! Pero, señores, antes se hablaba aquí de toros, de mujeres, de juego, de líos, de política... ¡Ahora no se habla más que del pollo ese!

COLMILLO. ¡Tiene usted más razón que el Papa!

MOLERO. Siguen las firmas.

JOSÉ RAMÓN. Con oculto deseo de que se enrede la discusión sobre Gonzalo. Pues, hombre, usted ha empezado, Colmillo. Se conoce que le preocupa á usted más que á nadie.

COLMILLO. ¿Á mí? ¡Me hace usted gracia! ¿Soy yo matasanos, por ventura?

SOLANO. Eso, no. ¿Qué tiene que ver que no lo seas? Aquí está Pozo, que á esa tiple del barracón le envidia el sueldo y las cenas que le da el emresario. ¡Y me parece que Pozo no es tiple! Para vosotros, la cuestión es envidiar algo.

COLMILLO. Díjolo Blas.

SOLANO. Lo digo yo, que soy pariente suyo.
Sigue bebiendo y caldeándose el cuerpo y el espíritu.

MOLERO. Pues yo no me meto en averiguar si el tal Gonzalo Vega tiene ó no tiene pesquis: papá dice que sí. Lo que sostengo es que es un cursi. No hay más que ver cómo se pone las corbatas.

POZO. ¡Está soplado!

COLMILLO. ¡Es un globo de vanidad!

DON MELCHOR. ¡Duro, duro!

POZO. Luego, va á la peluquería, y él sus tijeras, él sus peines... ¡Señor, que no tenemos tiña!

MOLERO. ¡Es una damisela!

COLMILLO. ¡Es un Don Nadie! Encarándose con él como si estuviera presente. ¡Pero venga usted acá: si yo no he perdido la memoria! ¡si todavía existen en mi casa unas tenazas de cocina que su padre de usted me ha compuesto á mí por cuatro perras!

POZO. ¡Ni más ni menos! Saca una cajita de píldoras y se traga una, bebiendo agua después.

SOLANO. ¡Joroba! ¿Vais á hacer astillas también de lo que más honra al muchacho? ¿No piensas tú lo mismo, José Ramón?

JOSÉ RAMÓN. Claro que sí. Estoy callado por prudencia.

SOLANO. ¡Pretendiendo afejar su origen pondráis más su mérito! ¡Le veis subir, y queréis derribarlo echándole encima todo el hierro que moldeó su padre! ¡Joroba! ¡qué buen alma tenéis!

COLMILLO. ¡Poco á poco, que aquí no nos ofusca usted con su palabrería! ¿Qué ha hecho ese mozo de particular? ¡Porque parece que se trata de un *superhombre*, según usted se expresa!

POZO. Ó de un hombre *super*, como digo yo en *El Alambique* con mucha gracia.

JOSÉ RAMÓN. Terciando en la disputa con fingida imparcialidad para concluir por echar leña al fuego. Vaya, vaya, se apasionan ustedes... Yo soy más imparcial... la amistad que me une á Gonzalo no me ciega... Reconozcamos que no será un ser del otro mundo, pero que vale... vale... ¿Ó es que vamos todos á pensar como esos que dicen que sus consultas en Madrid son cosa fantástica... viajes de ida y vuelta que él hace para alucinarnos?

COLMILLO. Rabieso. ¡Y lo son!

POZO. ¡Lo que es á casa del Duque de Peñafiel, no ha ido! ¡Me consta!

SOLANO. Y este se cartea con la Duquesa; conque no hables más

JOSÉ RAMÓN. ¿Vamos á dar crédito también á quienes afirman que sus artículos y sus folletos los copia de revistas inglesas?

COLMILLO. ¡Y los copia!

SOLANO. Con la agravante de que tú no sabes inglés.

POZO. ¡Pero si ya no hay nada de eso! ¡Lo que hay es un tío suyo, por parte de madre, que le escribe todo lo que publica!

COLMILLO. ¡Lo mismo me da!

SOLANO. ¿Y quién le cura los chicos, joroba? ¿Algún tío por parte de padre?

POZO. ¡Los chicos que no se le mueren, que son los menos, se curan solos! ¿Dónde se ha visto que las naturalezas vírgenes necesiten de meringotes?

COLMILLO. ¡Es poco chistosa la pretensión de declararse médico de la infancia!

SOLANO. ¡Joroba!

COLMILLO. ¡Claro está! ¡Porque un día le sacó una espina del gañote al hijo más bruto del animal del cacique, ¡cataplún! médico de niños! ¡Si me saca la espina á mí, ¡zas! médico de catedrático! ¡Vaya usted á hacer gárgaras, hombre!

SOLANO. Si te hubiera sacado la espina á ti no sería médico precisamente.

COLMILLO. ¿Cómo?

SOLANO. ¡Joroba, qué trabajo os cuesta reconocer el mérito ajeno, sobre todo si es planta que arraiga y crece á vuestro alrededor! Ya sé yo, ya sé yo que no es plato de gusto ir por la carretera pasito á paso con las alforjas á la espalda, y ver que al lado nuestro pasa el ferrocarril como una centella, tragándose kilómetros... Escuece, molesta, hace malas tripas, lo sé. Pero por mucho que

escueza y que moleste, ¿hemos de comenzar á tirarle piedras como cafres?...

Pozo mete mano á una cajita de pastillas, se echa una á la boca y chupa y rechupa mientras habla.

JOSÉ RAMÓN. Lo encuentro á usted más orador que nunca.

POZO. Es que el coñac inspira mucho.

SOLANO. No lo dudes. Á mí también me envidias eso: que puedo beber y tú no. Como estás podrido, tienes que contentarte con tomar á pasto menjurjes y potingues. ¡Y pensar que la salud es lo mejor que tienes!... ¡Mira, mira si me inspira el coñac!

Lo aplauden todos entre bromas y veras.

JOSÉ RAMÓN. ¡Bravo!

DON MELCHOR. ¡Admirable!

MOLERO. ¡Magnífico!

POZO. ¡Aplauso de uñas!

COLMILLO. ¡Otros con menos motivo están en jaula!

Cae en medio de la escena una bola de billar, que se supone que ha saltado de la mesa en que juegan Domínguez y Gordillo. Á poco sale por la puerta de la izquierda DOMÍNGUEZ en mangas de camisa.

POZO. ¡Hombre! ¡hombre!

COLMILLO. ¡Canario!

SOLANO. ¿Estamos seguros?

DOMÍNGUEZ. ¡Ha sido! ¡ha sido!—Ustedes dispensen, caballeros. ¡Ha sido! ¡ha sido! Vase «piropeado» por la reunión.

POZO. ¡Para otra vez más temple!

Llega GONZALO por la puerta de la derecha.

GONZALO. Señores, buenas tardes.

DON MELCHOR. Buenas tardes.

JOSÉ RAMÓN. Hola.

MOLERO. Felices.

Pozo y Colmillo gruñen á manera de saludo.

SOLANO. Celebro que vengas, porque nos entreteníamos en hablar mal de ti.

GONZALO. Eso es bueno. Que dure mucho. ¿Pero ya está usted entregado al coñac?

SOLANO. ¿Tú crees que á esta gente se la puede sorportar con agua sola?

GONZALO. ¿Tienes que hacer, José Ramón?

JOSÉ RAMÓN. Nada.

GONZALO. ¿Quieres que charlemos un rato por ahí?

JOSÉ RAMÓN. Vamos adonde digas. ¿Hay algo de particular?

GONZALO. Un asunto de que quiero enterarte.

Vuelve nuevamente BERRUGUETE á asomarse por la balastrada de foro.

BERRUGUETE. Loco de júbilo al ver á su amigo. ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Adiós, Evaristo!

BERRUGUETE. No, no; si voy á entrar. Sin saber lo que hace intenta saltar por la balastrada para llegar más pronto. Espera; espera. Desaparece, y á poco sale por la puerta de la derecha.

JOSÉ RAMÓN. ¿Qué le ocurre á ese chico?

GONZALO. ¡Qué sé yo!

COLMILLO. ¡Es la tercera vez que le da el mismo ataque!

Pozo saca una cajita de farmacia con papelillos, echa el contenido de uno de ellos en un vaso de agua y lo deja sobre una mesita esperando que se disuelva.

BERRUGUETE. Abalanzándose á Gonzalo y abrazándolo con efusión. ¡Ven acá! ¡Ven acá, grande hombre! digan lo que quieran... ¡Ven acá! ¡Sublime, sublime, sublime!

GONZALO. Suéltame... no seas niño.

BERRUGUETE. Lo sé todo: me lo ha dicho tu madre. ¡Tu coronamiento!

GONZALO. Vamos, déjame.

POZO. ¿Le ha tocado á usted la lotería?

COLMILLO. ¿Pues no está llorando ese tonto?

BERRUGUETE. Me afecto, me afecto...

SOLANO. ¡Á ver, á ver; que se aclare la incógnita; que se explique!...

DON MELCHOR. ¡Que se rompa el misterio, Gonzalo!

GONZALO. Ni misterio ni incógnita, señores. Á José Ramón. Es lo que yo iba á referirte, ¿sabes?

SOLANO. ¡Pues yo también me quiero enterar!

DON MELCHOR. ¡Y yo! ¿Qué es ello?

GONZALO. Se lo diré á ustedes. Después de todo, mañana ha de hacerse público en *El Defensor*...

JOSÉ RAMÓN. Por lo visto es cosa muy buena para ti.

GONZALO. Sentándose. Se trata de la realización de un proyecto mío, de que ya he hablado en otras ocasiones y en varias partes.

SOLANO. ¿La fundación del Asilo, quizás?

GONZALO. Cabalmente. Unos sentados y otros de pie, le oyen todos con interés muy vivo, que en cada cual reconoce una causa distinta. Berruguete sigue con los suyos el movimiento de los labios de Gonzalo. Este habla con entusiasmo grande, pero con mucha sencillez

y modestia. Es un dolor lo que está pasando en Guadalema; y puesto que lo veo y sé que no es imposible remediarlo, mi deber es señalar el mal y ayudar con todas mis fuerzas, si no á cortarlo de raíz, á aliviarlo un poco. Bien miradas las cosas, de ninguna manera mejor puedo yo pagarle á Guadalema lo que ya le debo.

COLMILLO. *A Pozo, en voz baja.* Exordio.

GONZALO. Ustedes saben que en Guadalema, el pueblo vive del trabajo fuera de casa. Hombres y mujeres se van al ser de día á las fábricas de los arrabales y no vuelven á la ciudad hasta anochecido. Las pobres obreras tienen que dejar á sus hijos, ó solos en sus casas, que por desdicha no son palacios, ó en medio del arroyo, que no suele ser escuela de buenas costumbres. Llevarlos consigo es mucho peor todavía: el aire impuro de los talleres, la atmósfera malsana que se respira en casi todos ellos, aniquila y mata á infinidad de hombres, cuanto y más á los niños. Pues ahí está la razón del Asilo que quiero fundar en Guadalema, á imitación de tantos otros como hay, más que en España, fuera de ella. Esto es: un refugio donde puedan las madres dejar á sus hijos al marchar al trabajo y recogerlos al volver.

BERRUGUETE. *Secándose los ojos.* Me afecto, me afecto...

JOSÉ RAMÓN. Como el que fundó la reina Victoria en Madrid, para las lavanderas.

GONZALO. Justo. Y á semejanza de muchos que existen en el extranjero, donde los Gobiernos y las gentes se preocupan de la protección de la

infancia pobre bastante más que aquí. Dígalo si no la ley Roussel de los franceses, documento admirable y hermoso que debiéramos imitar los españoles, si aquí se imitara de Francia algo más que los figurines y los vicios. Y cuenta que no soy sospechoso hablando mal de mi país.

COLMILLO. *A Pozo, bajo.* Pedante.

GONZALO. Ese que he indicado es el objeto fundamental del Asilo; pero además ha de tener otro que no le cede en importancia. Como queda en Guadalema tanto chiquillo huérfano, ó con padres inútiles, que es igual, en el Asilo encontrarán abrigo y amparo, y allí se les criará y educará, enseñándoles un oficio ó un arte, hasta que puedan por sí solos ganarse la vida ó atender á la de los suyos. Claro es que este Asilo, una vez fundado, lo costearán por de pronto las familias ricas de Guadalema; pero después, en los mismos trabajos que en él se hagan para aprendizaje de la gente menuda, podrá buscarse la base de su sostenimiento. ¿Qué les parece á ustedes?

MOLERO. *Cogiéndole á Gonzalo la boquilla en que fuma, y que le ha traído preocupadísimo desde que la vió.* ¿Es de espuma de mar?

GONZALO. ¿Cómo?... ¡Qué sé yo, hombre!— ¿Qué dices tú del proyecto, José Ramón?

JOSÉ RAMÓN. Que es una hermosa idea.

GONZALO. ¿Y usted, Solano? ¿Y ustedes, señores?

SOLANO. ¿Qué hemos de decir? No hay más respuesta que darte un abrazo muy fuerte. ¡Ven acá, que soy cojo!

DON MELCHOR. Es usted todo un hombre.

COLMILLO. Pero, bueno; y á mí se me ocurre preguntar, amigo Vega...

POZO. Con seguridad lo mismo que á mí.

COLMILLO. ¿Quién levanta ese Asilo? Porque no se trata de ningún castillito de naipes...

POZO. Ahí va, ahí va... Las teorías son todas sublimes; pero yo repito lo que Colmillo: ¿quién levanta eso?

GONZALO. Guadalema entera: á lo menos tal es mi aspiración. Á mí me gustaría que fuese obra del esfuerzo de todos; del sentimiento colectivo de la caridad; que no quedara un vecino en Guadalema, por pobre que fuese, que no tuviera en el Asilo su puñado de tierra.

BERRUGUETE. ¡Muy bien dicho! Como que este se iba á callar.

GONZALO. Excuso advertir que para estimular ese sentimiento se organizarán fiestas de todas clases: funciones de teatro, carreras de cintas, corridas de toros...

MOLERO. Ese detalle me parece muy bien.

GONZALO. Rifas benéficas, un Álbum de dibujos, otro de poesías...

DON MELCHOR. ¡Mucho! ¡mucho! Yo tengo un soneto á la Caridad, que ofrezco desde ahora.

GONZALO. En fin, mañana verán ustedes el plan completo que publico en *El Defensor*. Segarra me ha ofrecido su periódico lleno de entusiasmo. Á todos pido ayuda; de todos la espero. Yo no quiero ser más que uno de tantos.

COLMILLO. (¡Lo que eres!)

POZO. Con las de Caín. Esa modestia le honra á usted.

GONZALO. Gracias. Mi afán no es otro que echar alguna luz sobre la vida de los niños pobres; no sólo por un impulso de mi corazón, sino por un deber de patriotismo. Cuidar de los niños es fortalecer la esperanza de nuestro pueblo.

JOSÉ RAMÓN. Es cierto, Gonzalo: aquí me tienes para todo. Quiero yo ser quien tome la mayor parte en tu victoria.

Se abrazan y continúan hablando en voz baja.

BERRUGUETE. Me afecto, me afecto... Se afecta y se echa al cuerpo, creyendo que es agua pura, la mitad de la medicina de Pozo.

SOLANO. Levantado una copa. ¡Señores, vaya por el Asilo! ¡Á ver si entre todos los guadalenses cuajamos una generación libre de Colmillos y Pozos!

Risas generales, sin exclusión de los interesados.

BERRUGUETE. Paladeando, con cara de susto. ¿Qué demonches tiene este agua?

POZO. Pero ¿se la ha bebido usted? ¡Si es una medicina mía!

BERRUGUETE. ¡Habérmelo advertido, hombre!

Nuevas risas. Continúa Berruguete paladeando lleno de aprensión. Óyese en el billar un tacazo muy fuerte, y por la misma puerta que antes salen dos bolas: una que rueda veloz hacia la puerta de la derecha, como si fuera perseguida, y se supone que llega hasta la calle, y otra que cae en medio de la escena. DOMÍNGUEZ corre detrás de la primera con la emoción de una buena jugada, y GORDILLO coge la segunda entre la algazara general.

SOLANO. ¡Joroba! ¿Otra vez?

COLMILLO. ¡Esos van á matar á uno!

DOMÍNGUEZ. ¡Ha sido! ¡ha sido!... ¡Es imposible tirar fuerte! ¡Yo no he visto bandas peores!

Desaparece detrás de la bola y se le ve salir á la plaza por ella.

GORDILLO. Dispensar, caballeros.

POZO. No ganamos para sustos, compadre.

COLMILLO. ¿Por qué no se llevan ustedes la mesa en medio de la plaza?

GORDILLO. Dispensar... Ese Domínguez es tan bruto... Dispensar... Vase.

DOMÍNGUEZ. *Volviendo con la bola y entrándose en el billar á seguir sus triunfos.* ¡Oiga usted! ¡que sigo yo tirando! ¡que ha sido!...

MOLERO. *Mirando hacia la derecha del fondo y acercándose á la balaustrada.* ¡Caballeros, allí sí que viene una moza... á la que yo le levantaba un Asilo!

DON MELCHOR. ¿Quién es?

COLMILLO. ¿Quién es?

Todos miran hacia el mismo sitio y algunos se acercan también á la balaustrada.

MOLERO. Gracia Latorre.

Gonzalo se estremece.

BERRUGUETE. Como que es lo más selecto que hay en Guadalema.

DON MELCHOR. *Viéndola venir.* ¡Qué desenvuelta es y qué graciosa!

COLMILLO. Claro: con quince millones, todo es gracia y desenvoltura. Pero eso se llama de otra manera en castellano.

GONZALO. *Á José Ramón.* Vámonos, tú.

JOSÉ RAMÓN. ¿Qué te ocurre?

Siguen hablando bajo: Gonzalo cada vez más nervioso.

POZO. Lo que es yo, á la tal Gracia Latorre la tengo aquí. Señalándose la nuez.

SOLANO. ¡Pues ya está aviada!

GRACIA LATORRE, acompañada de su doncella JULIA, pasa de derecha á izquierda por la plaza. Al saludo olimpico de Molero, que todos secundan, cada cual á su estilo, contesta ella saludando con la mano familiarmente.

MOLERO. No me digan ustedes que no: ¡es una mujer de un pedazo!

BERRUGUETE. ¡Un cromo inglés!

DON MELCHOR. ¡Lástima que tenga esas genialidades!

SOLANO. Ello es que en Guadalema es la que preocupa.

POZO. ¡Y sin infulas que me gasta la niña!

COLMILLO. ¡Le da calabazas al obispo!

SOLANO. ¿Por qué no te diriges tú á ella, á ver?

COLMILLO. ¡Apañado va el que la tome en serio y se ayunte!

Pozo tararea el toque del clarín de la Plaza de Toros.

BERRUGUETE. ¡Hombre! ¡hombre! No sea usted atroz. Repare usted que es una dama.

COLMILLO. ¡Vuelta la burra al trigo! ¡Y dale con la dama! ¡y torna á la dama! ¡y joraba, como dice ése, con la dama! ¡Es una dama porque tiene quince millones; pero no hace nada por parecerlo! ¡Á mí me indignan ciertas hipocresías imbéciles! ¡Ni esa niña se trata con la moral, ni es más que una histérica ridícula que acabará por escaparse con un cualquiera!

GONZALO. *Estallando al fin, alteradísimo.* ¿No conoce usted otro lenguaje para hablar de una señorita?

COLMILLO. Sorprendido y turbado. No, señor.

GONZALO. Pues de hoy más, mientras no lo aprenda, cuando pase esa que ha pasado se calla usted en presencia mía.

COLMILLO. ¿Eh?

GONZALO. Si la quiere usted ofender sin que yo lo sepa, le basta sólo con mirarla. A José Ramón. Vente.

José Ramón lo sigue.

COLMILLO. Con la píldora atragantada. Pero, oiga, oiga: ¿es usted su novio, su padre, su hermano, su abuelo...?

GONZALO. Soy un caballero, y eso basta. Busque usted la palabra en el Diccionario. Vámonos, tú.

COLMILLO. ¡Eh! ¡eh! ¡Poco á poco!

GONZALO. Lo dicho. Anda, José Ramón.

JOSÉ RAMÓN. Señores, buenas tardes. A Gonzalo, marchándose con él. Chico, pero yo no sabía...

COLMILLO. Desahogando su cólera. ¡Vaya! ¡Ahora resulta ése de los de rocín antiguo, adarga flaca y galgo en el corredor! ¡Le habrá puesto los puntos á los millones de la prójima...!

MOLERO. ¡Pues lo que es esa jugada no le sale!

POZO. ¡Ni la majadería del Asilo tampoco! ¡Asilitos á mí!... ¡Sí!... ¡Esfuerzos colectivos!... ¡Sí!... ¡Suscripción popular!... ¡Sí!... Ya voy. ¡Yo te lo contaré en *El Alambique!* ¡Todavía nos acordamos acá de las últimas inundaciones, señor reductor!... ¡Echó gabán de pieles la comisión en masa!

COLMILLO. ¡Pues está claro! ¡Si en el fondo de

tanta lágrima sensible y de tanto discurso necio no hay más que un chanchullo indecente!

BERRUGUETE. ¡Eh, eh, eh! ¡Por esa no paso!

SOLANO. ¡Ni yo tampoco, rejobal! ¡Os he dejado hablar hasta aquí, porque esperaba ese desahogo! ¡Pero ya basta, joroba, ya basta! ¡Me voy, me voy por no romperos el alma con la muleta!

A los gritos que da, hablando más fuerte y más descompuesto á cada paso, acuden y se paran á oirlo DOMÍNGUEZ y GORDILLO por la izquierda, con sendos tacos, y BAUTISTA por la derecha. ¡Es natural que así penséis! Encarándose con Colmillo. ¡Tú, como has conseguido tu puesto porque tienes una tía muy guapa que se tiñe el pelo de rubio...!

COLMILLO. ¡Oiga usted!

SOLANO. ¡Sí, hombre, sí; si lo sabemos todos: si yo mismo voy á publicar un folleto sobre la influencia de las tías en la enseñanza!... ¡Está muy bien que así discurras: en cualquier acto humano ves siempre un negocio, un enjuage, alguna miseria! A Pozo. ¡Tú, como piensas con trabuco y escribes con ganzúa... Pozo se ríe. no puedes ver más que la lucha ruin y grosera por un cacho de pan y otro de chorizo!... ¡La culpa la tiene, joroba! quien os habla á vosotros de caridad, de abnegación, de desinterés, de amor á los niños, de cualquier causa grande y generosa!... ¡Vosotros, detrás de cada sueño, no veis más que un cochino duro en calderilla! ¡Pues mira tú, joroba! que si todos los hombres, joroba! fuesen de vuestra altura, joroba! entonces sí que estábamos todos jorobados! ¡Y me voy, me voy ya, joroba! ¡No quiero malgastar mi saliva, que vale más que todos vosotros! Encaminase

á trancos hacia la puerta de la derecha, por donde se va gritando lo que sigue. Luego se le ve pasar hacia la izquierda por la plaza, gesticulando como un insensato. ¡Con esta gente pierde uno la calma, y la educación, y la paciencia, y la salud, y el decoro, y la dignidad, y el estómago, y el dinero, y hasta la idea de la especie humana!... ¡Jorobal! ¡jorobal! ¡jorobal!...

Mientras desaparece diciendo esto último, con las palmas y las cucharillas los unos y con los tacos los del billar, le hacen una ovación entre risas y gritos.

BERRUGUETE. ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Yo estoy con usted, señor Solano!

COLMILLO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Al Congreso con ese hombre!

POZO. ¡Á la casa de fieras!

MOLERO. ¡Hoy la ha pillado mayor que nunca!

DON MELCHOR. ¡Es mucho Solano!

DOMÍNGUEZ. ¡Bravo! ¡bravísimo!

GORDILLO. ¡Muy bien! ¡muy bien!

COLMILLO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo!

Bautista, que no toma parte en la algazara, recoge el servicio de coñac y contempla filosóficamente el bajón que ha dado la botella.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de planta baja en el caserón de los Latorres, en Guadalema. Puertas grandes á derecha é izquierda. Galería de cristales al foro, que comunica con el jardín. Muebles de mimbre.

Es por la mañana y en el mes de Setiembre.

MANOLITA y DON FAUSTINO están sentados en el primer término de la izquierda, y SALVADORA y JUAN en el último de la derecha.

Manolita es una señora muy guapa, casada y con prole, pero que se conserva como una rosa. Aunque tiene muy buenos ojos, ve poco y los entorna con cierta gracia al mirar. En extremo expresiva y nerviosa, su cara es una sucesión de gestos, y con las manos va pintando á lo vivo todo cuanto dice. Persuadida de que lo hace muy bien, tiene la monomanía de imitar á las personas de quien habla. Viste con elegancia que alarma á su marido.

Don Faustino es un señor de presencia noble y simpática: barba y cabellos blancos y abundantes, primorosamente cuidados; cejas pobladas; mirada entre grave y socarrona; manos muy finas. Su hablar es reposado y zumbón. No sale de su casa y viste prendas amplias y cómodas, de telas ricas y elegantes. No fuma.

Salvadora y Juan son dos servidores antiguos de la casa, jubilados ya. Están de visita y visten el traje propio de la gente del pueblo en casos tales.